

Quise volver á buscarla,
 y de cierto me dijeron,
 como su padre agraviado
 del referido suceso,
 una noche la sacó,
 sin saberse adonde fueron:
 del modo que yo quedé,
 considérello el discreto,

Pensativo, pesaroso,
 enamorado en extremo
 de aquella deidad tan bella,
 no sosegaba mi pecho;
 ardiendo en continuas llamas
 del amor, voraz incendio;
 como leerá el curioso
 en otra parte el completo.

SEGUNDA PARTE

DE D. ANTONIO NARVAEZ
 Y LA HERMOSA ROSAURA.

Finalizanse los lances amorosos de estos nobles amantes ; y como sabedor Narvaez que estaba Rosaura en Madrid, le fingió una carta, entregándosela con maña, por la que saliendo la dama, se marcharon á Córdoba donde se desposaron.

Ya dije en la primer parte,
 noble lector y curioso,
 el peligro en que me ví,
 y aunque salí de él airoso,
 me hallaba confuso y triste,
 imaginativo, absorto
 en Córdoba y sin saber
 de mi adorado tesoro.
 Adquirí algunas noticias
 sagaz, astuto y mañoso;
 solicité la amistad
 muy estrecha con un mozo
 de la casa de Rosaura,
 y este me refirió, como
 á Madrid se la llevaron,
 lo que quedé pesaroso.
 Sabador de que su padre
 la prometió afectuoso
 en Madrid á un caballero;
 á buscarla me dispongo,
 y tomando de mi casa
 quinientos pesos en oro,
 disponiendo mi viage,
 presto en camino me pongo.
 Salgo de Córdoba y entro,
 en aquel espeso tóido
 de la gran Sierra-morena,
 aquel pirámide bronco,

aquella torre de ramas,
 aquel bagel tan frondoso
 de árboles, flores y plantas;
 y busco á Rosaura entre troncos.
 Loco y sin sentido digo:
 montes, valles, sierras, monstruos,
 aves que volais, decidme
 con vuestros picos sonoros,
 pasó por aquí Rosaura?
 no me la negueis piadosos:
 no hallando á mi mal consuelo,
 breves las jornadas corro.
 Entré en Madrid una tarde;
 aquí quedé mas absorto,
 por hallar en este sitio
 gentío tan numeroso,
 porque buscar á Rosaura
 en sitio tan populoso,
 era buscar una aguja
 en ese salado golfo.
 Me pasé á una posada,
 tomé cuarto, y de este modo
 dí principio á mi intento,
 ecsaminándolo todo:
 los balcones de palacio
 registré muy cuidadoso;
 por ver si en ellos estaba
 mi malgrado tesoro.



Pues como Rosaura era
 encanto tan prodigioso,
 me pareció que en palacio
 depositarla era poco:
 diez meses pasé en la corte
 de este referido modo,
 sin saber en qué parage
 estaba la que yo adoro.
 En fin pasé á despedirme
 del lucero prodigioso
 de Atocha, sagrada Reina,
 Madre de Dios poderoso.
 Entré en su templo una tarde,
 y á su sagrado me acojo,
 su proteccion implorando,
 le dije de aqueste modo:
 Sacra y celestial Princesa,
 Madre de los hombres todos,
 si conviene que Rosaura
 sea mi esposa, en vos pongo
 hoy todas mis esperanzas,
 pues que soy vuestro devoto;
 esta peticion le hice,
 saliendo de allí lloroso.
 Al mismo tiempo pasaban
 dos coches, y cuidadoso
 miré por las vidrieras,
 y en el uno reconozco
 y veo como á Rosaura;
 aunque quedé muy gustoso,
 parecióme que soñaba,
 y los seguí presuroso.
 En breve tiempo llegaron
 á un palacio suntuoso,
 donde bajando del coche,
 adentro se entraron todos:
 confuso quedé en la calle;
 y llamando al instante al mozo,
 que se entraba con las mulas,
 le pregunté muy ansioso:
 Dígame usted, buen amigo,
 pues cosa es que la ignoro,
 es de Córdoba una dama
 que entró dentro? Y dijo pronto:
 verdad es lo que usted dice,
 es de Córdoba, y ha poco
 que vino acá esa señora;
 y es mi señor su tío propio.

Ahora tiene tratado
 casarla con un famoso
 caballero aquí en Madrid,
 y dicen que será pronto.
 No quise preguntar mas,
 y me despedí del mozo
 traspasado de dolor
 mi corazon amoroso.
 Me dirigí á la posada
 vertiendo llanto mis ojos,
 fuí á mi cuarto discurriendo
 arbitrios, trazas y modos,
 para que Rosaura supiera
 que estaba en Madrid, dispongo
 lo mejor, que fue comprarle
 cuatro cintillos de oro.
 En un rico cofrecillo,
 pequeñito y muy curioso,
 metí los cuatro cintillos,
 y el guante que en el arroyo
 perdió Rosaura; y la cinta
 que ella me entregó á mí propio,
 cuando la encontré en el monte;
 y resolviéndome á todo,
 en el nombre de su padre
 le escribí de aqueste modo.
*Hija Rosaura, permitan
 los cielos tan poderosos
 el que estas letras te hallen
 como deseo yo propio;
 en casa para servirte
 quedamos todos gustosos.
 Te envío cuatro cintillos
 muy ricos de fino oro,
 y la cinta que me diste,
 que te guardára yo propio:
 bien te acordarás, Rosaura,
 del guante que en el arroyo
 perdiste, tambien lo envío,
 y todo lo lleva un mozo.*
 No dije mas, y con esto
 cierro la carta, y le pongo
 la llave á mi cofrecillo,
 saliendo á la calle ansioso:
 corrí veloz á buscar
 el palacio suntuoso,
 llegué al postigo, y tocando,
 al instante me abrió un mozo.

Al instante con alhagos
 hizo le perdiera el miedo;
 y para que me alimente
 me trae blancos y tersos,
 panales de miel y cera
 que me sirven de sustento,
 y algun pedazo de carne
 de lo que caza violento.
 Esto es lo que me sucede,
 y ahora por Dios te ruego
 que te apartes del peligro,
 porque si el bruto sangriento
 en este sitio te halla,
 te dará la muerte fiero:
 vé á casa, y á mis padres
 dí el referido suceso.
 Yo la dije: hermosa niña;
 qué bruto ni qué sangriento
 animal será bastante
 á librarse del incendio
 ó rayo de mi escopeta?
 Así si quieres que luego
 te saque de este peligro,
 sígueme, y no tengas miedo.
 Cogiéndola de la mano,
 á andar nos pusimos presto;
 y á pocos pasos oímos
 al oso que la echó menos,
 estremeciendo la selva
 con sus bramidos horrendos;
 y rastreando las huellas,
 corrió el monte como un trueno.
 Nos divisó, y dió un bufido
 el irracional tan fiero,
 que resonó en todo el bosque:
 acercándose ligero
 hácia nosotros venia
 aquel monstruo carnívero,
 para quitarnos las vidas,
 y hacernos su pasto luego.
 Preparando mi escopeta
 lo esperamos en el puesto;
 y vemos que astutamente
 el indómito perverso,
 se esconde en un matorral,
 para asegurarnos diestro;
 fingiendo cobardemente
 temer tambien á los perros.

Ambos unidos le embisten
 segunda vez con denuedo,
 para obligarle á salir,
 de aquel cabernoso encierro:
 la niña toda pasmada
 aquella escena está viendo;
 y al mirarme ya encarado,
 temblando estaba de miedo.
 Sale en fin todo erizado,
 yo le aseguré sereno,
 aflojándole el rastrillo
 disparó el cañon violento
 cinco saetas de plomo,
 que atravesándole el pecho,
 sin respetar su braveza,
 le hicieron medir el suelo.
 Viéndose la hermosa ninfa
 libre del bruto perverso,
 rebozando de alegría
 me echó los brazos al cuello:
 bizarro jóven, me dijo,
 el ser tu esposa prometo
 en pago de esta fineza;
 yo le respondí, lo acepto.
 Nos dimos palabra y mano
 de esposos, y prosiguiendo,
 me dijo: toma esta cinta,
 que días ha que la tengo,
 para el que fuere mi esposo;
 y sino quieres creerlo,
 ella dirá la verdad,
 y quedarás satisfecho.
 El guante que mio tienes,
 guárdalo, que en algun tiempo
 podrá ser de que te sirva:
 y te encargo, dulce dueño,
 que no pongas en olvido,
 que á media noche te espero
 en mi quinta, en un balcon
 que tiene unos maceteros.
 A este tiempo divisamos
 que bajaban con estruendo
 nueve hombres á caballo,
 y ella entonces conociendo
 ser su padre, y dos hermanos,
 y otros de acompañamiento,
 que la venian buscando
 por el bosque con esmero.



Me dijo: dueño querido,
imán de mis ojos bello,
conviene que ahora te apartes,
porque al primer movimiento
han de quitarte la vida
el lance aun no sabiendo:
ocúltate en este sitio
donde no te vean ellos.

A sus ruegos accedí,
ocultándome en lo espeso
sin ser visto de ninguno;
y llegando en breve tiempo
los que montados venian
con alegría y contento,
muy gozosos la abrazaron,
y de aquel sitio se fueron.

Yo me quedé en la espesura,
confuso, triste y suspenso;
saqué la cinta de seda,
desdoblela, y un létrero
hallé en ella, que decia:
el que de esta fuere dueño,
tambien será de Rosaura
esposo, queriendo el cielo.
Quedé alegre con la cinta,
y en breve á mi casa vuelvo;
y montando en un caballo,
aun mas que el viento ligero,
dí la vuelta para el bosque
buscando á mi amado dueño
una tarde, cuando ya
su luz ocultaba Febo.

Dile pues vista á la quinta,
y allí me estuve encubierto,
hasta que la oscura noche
vendiera su manto negro:
á un árbol até el caballo
porque no anduviera inquieto;
le eché porcion de cebada
en la capa al mismo tiempo.
Paseé toda la quinta,
dando vueltas en silencio,
mirando bien sus balcones.
llegué al referido puesto,
donde vi unas azucenas
puestas en los maceteros;
me paré, hice una seña,
y salió Rosaura luego.

Díjome: amante querido,
lo que yo te pido y quiero
es que me saques de aquí
esta noche, pues sé cierto
de que mi padre me tiene,
prometida á un caballero
de Madrid, esto no dudes,
y que sea con secreto.

Mas: ó lance inesperado!
cruel fortuna, ¡y qué presto
me trastornaste en tu rueda
de inconstante movimiento!
á un vayven infeliz haces
á los que dichosos fueron:
así lo hicisteis conmigo,
por un criado indiscreto.

Este asomó y me vió hablar
con Rosaura, y al momento,
creyendo ladrón sería,
entró adentro como un trueno,
dándole cuenta á su padre,
por ser fiel ó parecerlo;
y cuantos en la quinta estaban
al punto se previnieron.

Salieron todos armados
con palos y armas de fuego
para prenderme ó matarme,
ignorando yo el suceso:
disparáronme dos tiros,
pero dieron en el suelo
las balas, y yo animoso
me opuse con todos ellos.

Disparé un carabinazo,
y á uno quité los alientos,
hiriendo á los dos hermanos
de mi amada, y conociendo
que era una cosa imposible
el salir con el empeño
de llevarme yo á Rosaura,
escapé, y evité el riesgo.

Fuí donde estaba el caballo,
monté en él pronto y ligero,
y á Córdoba dí la vuelta;
pero como estaba ardiendo
en amores de Rosaura,
á cada instante mi pecho
se encendia en vivas llamas,
pensando en mi amado dueño.